

## ÍNDICE

<b><i>EL LABERINTO DE LA FICCIÓN EN LOS LIBROS DE CABALLERÍAS</i></b> (por José Manuel Lucía Megías).....	9
<b>A MODO DE INTRODUCCIÓN</b> .....	15
<b>I. EL CABALLERO</b>	
<b>1. Las señas del caballero</b> .....	19
1.1. Orígenes regioes.....	20
1.2. El nacimiento singular.....	21
1.3. La separación de la madre y las marcas de nacimiento .....	22
1.4. El influjo de la lactancia.....	23
1.5. Infancia y educación.....	24
1.6. La primera prueba peligrosa.....	25
1.7. La incorporación al mundo de los adultos: la investidura. ....	27
<b>2. La aventura continuada</b> .....	29
2.1. Los deberes del caballero.....	30
2.2. El estilo amadisiano.....	32
2.3. La caballería cruzada.....	33
2.4. El caballero aventurero.....	35
<b>3. Las armas del caballero</b> .....	37
3.1. Las convenciones de la armería literaria.....	38
3.2. Una visión más próxima a la historia del armamento militar.....	41
<b>II. EL CABALLERO Y LA DAMA: ENTRE EL AMOR Y LA GUERRA</b>	
<b>4. El retrato femenino</b> .....	45
<b>5. El amor en los libros de caballerías castellanos</b> .....	48
5.1. El enamoramiento.....	49
5.2. Servicio amoroso y matrimonio.....	52
5.3. Relaciones amorosas al margen del matrimonio: erotismo y libertad sexual... 54	
<b>6. La dama bizarra</b> .....	58
<b>6.1. La amazona caballeresca</b> .....	58
6.1.1. La actualización del mito de las amazonas.....	58
6.1.2. La incorporación progresiva de la amazona a la civilización caballeresca.....	64
6.1.3. Otras manifestaciones de la figura de la amazona.....	66
<b>6.2. La doncella guerrera</b> .....	67
6.2.1. La dama disfrazada de caballero por amor.....	69
6.2.2. La doncella guerrera en busca de aventuras.....	71
<b>III. LOS PERSONAJES SECUNDARIOS</b>	
<b>7. Los ayudantes del héroe</b> .....	73
<b>7.1. El escudero</b> .....	73
7.1.1. Consejero y acompañante.....	73
7.1.2. La incorporación a la caballería y las recompensas finales.....	75
7.1.3. Otras manifestaciones de la vida escuderial.....	76

7.2. <b>El mago</b> .....	78
7.2.1. Una figura anciana, solitaria y estudiosa .....	79
7.2.2. El don profético.....	82
7.2.3. Los “animagos”.....	83
7.2.4. Un auxiliar muy cualificado: donante y guía .....	85
7.2.5. La inusitada capacidad creadora del mago: artista, físico y semidios... 87	
7.2.6. La amenaza de la magia: los peligros de la religión y de la pasión incontrolada.....	88
7.2.7. La búsqueda de la inmortalidad .....	91
7.3. <b>El enano</b> .....	92
7.3.1. Las dos caras del enano artúrico.....	92
7.3.2. La incorporación del enano al espacio de la corte .....	93
7.3.3. Las atrevidas y cómicas aspiraciones amorosas del enano.....	95
<b>8. Los antagonistas del héroe</b> .....	98
8.1. <b>El pagano</b> .....	98
8.1.1. La hostilidad hacia el pagano: eliminación o conversión .....	99
8.1.2. Una actitud más tolerante hacia el enemigo religioso.....	101
8.2. <b>El gigante</b> .....	103
8.2.1. Desmesura física y moral .....	103
8.2.2. La “debilidad” del jayán .....	106
8.2.3. La rehabilitación literaria del jayán .....	107
8.3. <b>El monstruo</b> .....	108
8.3.1. Monstruos humanos: el salvaje .....	109
8.3.2. Los híbridos .....	111
8.3.3. Los límites imprecisos de otros monstruos caballerescos.....	114
8.3.4. Monstruosidad o exotismo oriental.....	117

#### IV. UNA APROXIMACIÓN AL ESPACIO: ENTRE LO IMAGINARIO Y LO EXÓTICO

9.1. <b>La corte</b> .....	121
9.1.1. Centro de reunión de la caballería y escenario de diversas aventuras.....	123
9.1.2. La corte y sus lugares de ocio: bosques, jardines y huertas.....	125
9.2. <b>El castillo</b> .....	128
9.2.1. Las características geográficas y físicas del castillo.....	128
9.2.2. Escenarios de la prueba caballeresca.....	130
9.2.3. El castillo como prisión o como recinto donde se guardan valiosos tesoros.....	131
9.3. <b>La floresta</b> .....	133
9.3.1. El bosque peligroso .....	133
9.3.2. El refugio de los marginados.....	135
9.3.3. En el camino hacia la égloga pastoril .....	136
9.4. <b>El mar</b> .....	138
9.4.1. El viaje marítimo.....	138
9.4.2. Los combates en alta mar.....	139
9.4.3. El elemento acuático como marco de asombrosos espectáculos.....	141
9.5. <b>La isla</b> .....	142
9.5.1. Un nuevo escenario para la aventura.....	143

9.5.2. Los atributos de la isla.....	144
<b>V. LA FICCIÓN DE LA ESCRITURA</b>	
10.1. Las historias “fingidas” .....	147
10.2. El manuscrito encontrado.....	148
10.3. El historiador testigo.....	152
<b>VI. EL GÉNERO CABALLERESCO O EL TRIUNFO DE LA FICCIÓN Y LA MARAVILLA .....</b>	<b>157</b>
<b>APÉNDICES:</b>	
1.- Antología caballeresca (por José Manuel Lucía Megías) .....	163
2.- Índice de libros de caballerías.....	181
3.- Para saber más .....	185
<b>ILUSTRACIONES DE ENRIC RUIZ.....</b>	<b>191</b>

## ***EL LABERINTO DE LA FICCIÓN EN LOS LIBROS DE CABALLERÍAS***

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS  
Universidad Complutense de Madrid

1. ¿Alguien en el siglo XXI, como el hidalgo Alonso Quijano, se volvería loco por leer libros de caballerías? Recordemos, por un instante, las causas de la locura de Don Quijote antes de intentar esbozar una respuesta. Alonso Quijano es un hidalgo, un noble con ciertos bienes –tierras, una casa, etc.– y una pasión, la lectura, la lectura de unas obras literarias que le alejan de las miserias de su situación presente: la pobreza y la falta de una finalidad en la vida. Una pasión por una lectura de entretenimiento, de evasión. ¿Cómo se pasarían las horas en una “lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”, acompañado tan solo de dos amigos –el cura y el barbero–, de la mirada inquisitorial de un ama y de la presencia amorosa de una sobrina? Desconocemos los detalles, pero una sensación sí que podemos rescatar: lentas, aburridas... Ni las salidas, cada vez más esporádicas, a la caza por tierras manchegas, con su galgo corredor, ni las conversaciones con sus amigos o los problemas de la administración de su hacienda podían compararse, en ningún caso, con las aventuras caballerescas, amorosas, maravillosas y cortesanas de los libros de caballerías que devoraba en su biblioteca, cada vez más completa. Pero la locura del hidalgo Alonso Quijano no procede de su incapacidad de distinguir entre ficción y realidad, entre lo que leía y lo que “realmente” sucedió (¿acaso, de ser así, no seríamos todos nosotros un poco locos cuando lloramos, reímos o nos emocionamos en la oscuridad de un cine viendo una película?). No, en absoluto. La locura del hidalgo Alonso Quijano tiene sus cimientos en pensar que puede *vivir* la ficción más allá de la lectura, que pueden *ser* él mismo lo que ha leído; en otras palabras, que puede hacer en su vida realidad la ficción. Y el hidalgo manchego así lo hizo a principios del siglo XVII en un recóndito y –para siempre– desconocido pueblo del centro de España, y de Alonso Quijano se convirtió, por obra y magia de sus deseos y sueños, en un caballero andante llamado Don Quijote de La Mancha, con armadura (la de sus abuelos), con caballo (Rocinante) y, más adelante, con escudero (Sancho Panza). Y realmente él lo pudo hacer porque, en realidad, nunca dejó de ser un personaje de ficción: tan de ficción es Don Quijote como Alonso Quijano, tanto el barbero o el cura como la princesa Micomicona... todos ellos hijos de la imaginación de Cervantes.

Y la historia se ha repetido a lo largo del tiempo... hasta nuestros días: soldados españoles que se lanzan a la conquista del continente americano con el sueño de imitar a sus héroes caballerescos –más por sus fortunas que por sus valores morales–, mujeres que se encierran en un universo de ficción para huir de su realidad tan poco romántica (como madame Bovary, tal y como la representó magistralmente el narrador francés Flaubert, o como tantas lectoras de las novelas de Corín Tellado en los años cincuenta y sesenta en la España más profunda –y cruel– de la postguerra), o jóvenes –y no tan jóvenes– que de vez en cuando saltan a los titulares de la prensa por el intento de emular a sus héroes de película o de videojuegos; noticias que en muchos casos vienen teñidas de sangre. Pero no nos pongamos trágicos, que tampoco es el momento.

¿Podríamos nosotros hoy, en el siglo XXI, enloquecer por leer libros de caballerías? La respuesta no puede ser más que negativa... pero lo que sí podemos intentar hoy es rescatar la sensación y la claves del éxito de un género que gozó del favor de los lectores

durante más de 150 años en todo el mundo civilizado; un éxito que, desde nuestra perspectiva literaria actual, parece poco justificable, pero que es totalmente lógico: los libros de caballerías desde principios del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII tanto en España y América como en la mayoría de los países europeos, en donde se leían ya fuera en español ya fuera en traducciones, van a ir ofreciendo al lector de su momento fuente de entretenimiento, de diversión... Cuando se publicó la segunda parte del *Quijote* en 1615, el último libro de caballerías original que se difunde por medio de la imprenta, se bosqueja la reacción del público de este tipo de ficción de entretenimiento: “los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que, apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante»” (*Quijote*, II, 1). El *Quijote*, como repite hasta la indecencia la crítica, es la primera novela moderna... pero lo es por su calidad literaria y por algunas de sus propuestas –los personajes van a *vivir* realmente en su ficción, les van a suceder cosas que recordarán, que los harán ser diferentes, lo que no sucede en el género caballeresco hasta entonces-, pero no por su capacidad de crear una ficción de entretenimiento: este había sido mérito de los libros de caballerías.

2. Los libros de caballerías castellanos nacen con la propuesta literaria del *Amadís de Gaula* (1508), cuya primera edición hemos de situar a principios del siglo XVI. La reescritura realizada por Garci Rodríguez de Montalvo va a ser capaz de retomar un texto de gran éxito y difusión en la Edad Media (el *Amadís* primitivo) y actualizarlo según los deseos y gustos de la nobleza renacentista de la época; el resultado no pudo ser más efectivo: el texto dio origen a un nuevo género literario, que retoma algunos de los principios narrativos básicos de las historias de los caballeros de la Mesa Redonda, con el rey Arturo y Lanzarote del Lago a la cabeza (sin olvidar a la siempre enamoradiza Ginebra), al tiempo que incorpora una nueva finalidad: novela idealista que, gracias a una “historia fingida” (genial simbiosis de ficción y realidad), tiene la intención de enseñar deleitando, de ofrecer pautas de conducta a la nobleza –y no sólo- de su época, al tiempo que se le ofrece una historia placentera, con personajes que sirven de modelo y de guía para sus vidas. Esta propuesta dará lugar al género narrativo más importante del siglo XVI en toda Europa; las cifras son más que elocuentes: más de 70 textos diferentes, cientos de ediciones con miles de ejemplares circulando por toda Europa y a lo largo y ancho de América (no hemos de olvidar que estos libros se convierten en uno de los valores más estables de la industria editorial del momento, por lo que muchos de los títulos conservados pueden englobarse dentro de “encargos” de libreros o de imprentas), decenas de traducciones a todas las lenguas de cultura de su momento –en la Francia del siglo XVI se convierte en un verdadero manual de cortesía, así como en los textos básicos para aprender española, la *lingua franca* del momento, como hoy lo es el inglés-, sin olvidar las reescrituras teatrales, los juegos escénicos, los motivos para la celebración de fiestas y de actos solemnes, etc. etc. Ningún otro género literario consiguió sobrevivir a tantos reyes, a tantos sueños y a tantas miserias como encierran los años del Renacimiento y del Barroco. Ninguno. ¿Cómo lo consiguieron los libros de caballerías? ¿Qué hay en este género que le permitió sobrevivir, cuando otros, como la picaresca, la novela pastoril, la bizantina, la morisca, no fueron capaces que extenderse más allá de unos decenios, algunos de ellos en una completa decadencia? Sin duda, la capacidad de transformación del género, su intrínseca posibilidad de adaptarse a la realidad –y a los sueños- de los lectores en cada momento, en cada geografía, permita adelantar una respuesta. Dicho de otro modo: los libros de caballerías constituyen un género abierto a mil matices y posibilidades, que lo mismo puede insertar

una poesía –un caballero se lamenta de las heridas que le ha producido Amor- que un tratado sobre las estrategias para el asedio de una ciudad; una escena cómica que una trágica, un torneo que un baile cortesano... toda la realidad, toda la ficción tienen cabida en sus páginas. Y de ahí, los matices, de ahí las enormes posibilidades narrativas y literarias que se esconden entre sus páginas. Es falso –y es necesario decirlo con estos términos- y dice bien poco de quien así lo defiende que todos los libros de caballerías son iguales: quien algo así exponga sólo está demostrando una cosa: que está hablando de un género, de unos libros que no ha leído, que desconoce por completo. ¿Acaso puede alguien decir que toda la literatura japonesa se mueve alrededor de la figura protagonista del samurai cuando no ha leído “toda la literatura japonesa”? El ejemplo es un tanto burdo, pero más que ilustrativo. ¿Cuántas historias de la literatura, cuántos manuales se han escrito desde el desconocimiento, desde el más absoluto desprecio a uno de los géneros narrativos más importantes que han dado las letras españolas?

3. Cervantes escribió, como ya se ha dicho antes, uno de los últimos libros de caballerías que se difunden en letras de molde: La primera parte del *Quijote*, que se publicó en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta de 1605... más adelante Fernández Avellaneda publicará otro libro de caballerías (el *Quijote apócrifo*, el de 1614), y un año después el escritor complutense ve cómo comienza a venderse la segunda parte de su don Quijote (1615). En Zaragoza todavía se publicará en 1617 y en 1623 los cuatro libros de la serie de *Espejo de príncipes y caballeros*, que podemos considerar los últimos libros de caballerías impresos en España... pero en absoluto estos textos dejaron de escribirse y de difundirse en estos años y durante años posteriores, como los libros de caballerías manuscritos han puesto de manifiesto. En el origen del *Quijote*, por más que a algunos les parezca casi un sacrilegio, no hay que buscar la voluntad de Cervantes de escribir la “primera novela moderna” (no olvidemos su edad: 58 años cuando se publica la primera parte), sino el deseo de obtener un éxito de ventas, un *best-seller*, y aquí el nombre del librero, de quien invirtió el dinero necesario para publicar la obra, tiene que ser rescatado de las miles de páginas de bibliografía que lo han sepultado en el olvido: Francisco de Robles. ¿Cómo conseguir un *best-seller* en un género que no gozaría del gusto de los lectores de la época, como ha defendido la crítica? Todo lo contrario: Francisco de Robles quiere un libro de éxito, un libro de entretenimiento para oponerlo –o para aprovecharse, según se vea- del *best-seller* de la época: la reformulación de la novela picaresca que Mateo Alemán hizo con su *Guzmán de Alfarache*. Y este libro de éxito entrará dentro de uno de los géneros que todavía entretiene tanto a la nobleza (como se aprecia en tantos saraos, fiestas, banquetes en donde se leen textos caballerescos o se representan algunas de sus aventuras) como al pueblo (sólo recordar al ventero cervantino Palomeque el Zurdo, y a su hija, y a los segadores, y a Maritornes...); un género ya alejado de sus primeras formulaciones idealistas (El *Amadís de Gaula* y algunos de sus continuadores), en donde ha triunfado el entretenimiento. ¿Y qué es el *Quijote* sino un libro de caballerías de entretenimiento, que toma el humor como punto de partida de su historia, como el motor de toda la narración? Son muchos los años que han pasado desde la publicación del *Amadís* –por más que se siga reeditando hasta 1580-, y muchos son los textos que se han escrito y difundido hasta 1605, para que sigamos pensando que todos los libros de caballerías son iguales, que leído uno, leídos todos... los malos libros de caballerías sí que van a perpetuar unas mismos esquemas narrativos, unos mismos tópicos, sin salirse ni un ápice de ellos; y contra estos malos libros de caballerías –que se escriben, compran y leen en época de Cervantes- arremete el autor complutense sus críticas y sus dardos... son libros criticables desde la retórica, desde la

función, pero también desde la competencia editorial, y que el *Quijote* nació con la pretensión de ocupar este espacio en las ventas –tampoco exageradas– de los libros impresos a principios del siglo XVII.

4. Una historia fascinante la de los libros de caballerías; pero también una historia muy apegada a los lectores de su momento, cuyas ilusiones, necesidades, sueños, ficciones son bien diferentes a las nuestras... de ahí la dificultad actual de adentrarse, de conocer, de disfrutar de una literatura que en su momento supo mantenerse joven pero que hoy, de manera irremediable, ha envejecido... a excepción del *Quijote*, y de algunos de sus continuadores (¿Acaso no podríamos considerar como tales la saga del *Señor de los anillos*, o la propia historia de la *Guerra de las Galaxias*, o tantas historias de héroes con apellidos, en ocasiones, impronunciables?). Por este motivo, el estudio, el recorrido tan exhaustivo, tan ameno, que ahora nos ofrece Emilio Sales Dasí al común de los mortales, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, no puede ser más oportuno: desde sus lecturas, desde las horas que, como el hidalgo manchego, ha ido dedicando a adentrarse en el ramaje de sus historias desde un “lugar de Valencia de cuyo nombre no quiero acordarme”, olvidando en ocasiones la administración de su hacienda, Emilio Sales nos ofrece un abanico de la riqueza de contenidos, de matices, de personajes y de espacios que pueden encontrarse –y disfrutarse– en los libros de caballerías. Un abanico lleno de detalles, de filigranas, de acertados e inteligentes comentarios, como no se podía esperar de alguien que ha dedicado los últimos años a *vivir* en la ficción de uno de los autores esenciales de este género: Feliciano de Silva. Sólo con libros, con estudios como el de Emilio Sales Dasí, podremos romper para siempre esa mentira, esa falsedad –que dice tan poco desde un punto de vista intelectual de quienes la defienden– de que todos los libros de caballerías son iguales, y que ofrecen siempre las mismas aventuras, las mismas historias, los mismos personajes. Este libro, que ahora, curioso lector, tienes en tus manos, es una buena muestra de parte de los tesoros de gozo y entretenimiento que todavía esconden los libros de caballerías castellanos; una buena muestra del camino a seguir para ir, poco a poco, descubriéndolos.

Vale

## *A MODO DE INTRODUCCIÓN*

Por razones de índole diversa durante las últimas décadas del siglo pasado asistimos a un renovado interés por la Edad Media. El advenimiento de un nuevo milenio coincidió con la revalorización de un tiempo que tradicionalmente había sido considerado como época oscura y de tinieblas. El éxito de diversas producciones cinematográficas o la consolidación de un género como la novela histórica testimoniaban esas simpatías hacia un mundo medieval que se presentaba como algo menos remoto y más familiar para el espectador y el lector actual. Esta especie de “revival” influyó en la orientación de los estudios literarios. La crítica universitaria y académica, sin olvidar las grandes obras del medievo, buscó nuevos horizontes o retomó investigaciones casi olvidadas. Uno de los géneros más beneficiados fue el caballeresco. A partir de las interpretaciones de la romanística sobre el universo artúrico, se tendió un puente de estudio hacia un género nacional, el libro de caballerías, que extendía sus dominios más allá de la Edad Media entrando de lleno en las coordenadas histórico-culturales del Renacimiento. Gracias al tutelaje de un grupo reducido de profesores se fueron desempolvando gordos “mamotretos” o descubriendo fragmentos de obras que durante siglos habían permanecido en el anonimato. Progresivamente, las revistas especializadas dieron cabida a más y más artículos que se presentaban como hallazgos sorprendentes y al mismo tiempo denunciaban el tratamiento injusto de que habían sido objeto los libros de caballerías. Se decía, sobre todo, que los juicios vertidos en el *Quijote* contra este género habían sido en gran manera responsables de su olvido. Y, efectivamente, en este aserto hay mucho de verdad. A pesar de que el propio *Quijote*, por su extensión, es una obra temida por los escolares, la supuesta intención de Cervantes de acabar con la mentirosa secta de los libros de caballerías ha calado entre el gran público y se convierte en un poderoso enemigo que hay que derrotar.

Afortunadamente, las últimas investigaciones sobre la materia suponen una redefinición de viejos prejuicios. La inmortal propuesta cervantina se analiza desde perspectivas más innovadoras y se llega a considerar como un nuevo tipo de libro de caballerías más acorde con su contexto histórico. La publicación ininterrumpida de obras del género desde los últimos años del siglo XV hasta finales del XVI, y la difusión manuscrita durante, al menos, las primeras décadas del siglo XVII, suscita nuevos interrogantes, ¿cuál fue, por ejemplo, la clave del éxito de estos relatos durante más de una centuria? A medida que se desarrollan las investigaciones de la crítica se arroja una luz más diáfana sobre unas obras que cautivaron a la sociedad peninsular en un momento trascendental de su historia y que forman un hábeas más rico, variado y complejo de lo que proponían los estudiosos decimonónicos. Por eso, llevado por un deseo de contribuir a un mejor conocimiento de esta literatura, intentaré en el presente ensayo una exposición de los aspectos más característicos y atractivos para el lector actual. Claro está que el empeño de buscar sus rasgos más significativos puede entorpecer la imagen plural del género, de unas obras que están en constante evolución, como también lo estuvo la materia artúrica durante dos o tres siglos a través del *roman* y de las prosificaciones. Es por eso que el presente trabajo se enfoca como un primer acercamiento explicativo de una de las manifestaciones literarias más injustamente olvidadas: los libros de caballerías, mientras que las diversas alusiones que se irán realizando a la materia artúrica francesa responderán más a un deseo ilustrativo y de apoyo que a una propuesta crítica. Dejando de lado teorías o especulaciones que interfieran en el placer de la lectura, hablarán los mismos textos, esas obras que forman



un inventario mucho más extenso que los títulos que aquí se presentan. Seguramente, habrá quien eche en falta alguna nota aclaratoria, alguna bibliografía de apoyo. No obstante, puesto que nuestra finalidad es eminentemente divulgativa, se ha optado por conjugar la explicación con el ejemplo. Las citas se han actualizado de acuerdo con los usos ortográficos actuales. El empeño está claro: que hable cada uno de los ficticios personajes que se asoman a estos libros y nos dejen apreciar sus perfiles más nítidos.

En unas fechas en que triunfan las adaptaciones de relatos como *El Señor de los Anillos*, libros y películas que apasionan con sus aventuras bélicas y sus episodios maravillosos, sentimos una gran nostalgia por esa literatura que, tomando como modelo los “hechos del rey Arturo y sus caballeros”, ya inventó varios siglos atrás una fórmula narrativa que postulaba el triunfo del heroísmo. Lo que en nuestros días se presenta como una novedosa originalidad ya estaba plasmado sobre el papel en épocas pasadas. Simplemente tendremos que dejar a los caballeros y a sus damas que se presenten y nos hechicen con sus impresionantes gestas. Si lo consiguen, el empeño no habrá sido en vano.



En esta aventura literaria el autor no ha viajado solo. Siempre ha habido una voz, un consejo o una explicación para allanar los obstáculos del camino. Por ello, desde estas páginas mis más sinceros agradecimientos a Juan Carlos Herrán como primer lector entusiasta del libro, a Enric Ruiz por dotar el conjunto de un toque artístico y, sobre todo, a José Manuel Lucía Megías por dedicarme su tiempo y su sabiduría, por comprender mis quejas y confiar siempre en las posibilidades de esta obra, siendo en muchas ocasiones la estela que había que seguir. No olvidaré tampoco a aquellos maestros que nunca tuve, pero que siempre me aconsejaron desde la distancia: piensa en Juan Manuel Cacho Bleuca y Carlos Alvar. Con ellos, y con el apoyo constante de Elvira y de mis padres, he podido superar esta prueba, un reto cuyos únicos méritos serán achacables a todos esos autores de historias caballerescas que hoy nos devuelven a los reinos de la fantasía y del ideal más noble.